

FR. ANDRÉ DELALANDE: UNA SONRISA QUE ACERCA MUNDOS

Granada, 11 de mayo de 2021

Son muchas las muestras de cariño que hemos ido recibiendo a lo largo de estos días. Todas ellas son un signo del respeto, admiración y reconocimiento

Hace ya unos días despedíamos a nuestro Fr. André Delalande, que falleció el pasado 1 de mayo a la edad de 103 años. Son muchas las muestras de cariño que hemos ido recibiendo a lo largo de estos días. Todas ellas son un signo del respeto, admiración y reconocimiento que tanta gente tenía por él. Con su muerte, muchos *hemos sentido una mezcla de dolor ante su pérdida y también de agradecimiento el regalo que su vida ha supuesto para nosotros.*

Jean Baptiste Delalande (Frère André) nació en Flottemanville Manche (Normandía, Francia) el 14 de enero de 1918. Fue el mayor de una familia con 14 hijos, 8 varones y 6 mujeres. Tras su etapa de formación en Bairo (Turín, Italia) llegó a Líbano a los 16 años. En 1947 hace un paréntesis para realizar sus estudios en la Universidad de Lyon. Después de cuatro años vuelve a Líbano, donde se quedará hasta el final de su vida. Su misión se desarrolló en diversos colegios de la provincia entre ellos Jounieh, Alepo, Champville, Rmeyleh y Damasco.

Durante los veranos de 1963 a 1965 asistió a cursos de exégesis en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Gracias a ello *conocía perfectamente el Antiguo Testamento y había memorizado el Nuevo.* Hacía referencia de memoria a citas con sus respectivos libros, capítulos y versículos. Esto le permitió compartir su conocimiento bíblico con los hermanos durante 20 años en sesiones formativas.

Por su cultura y también por su cariño al pueblo libanés *recibió varios reconocimientos oficiales:* Medalla al Conocimiento (1958), Orden de las Palmas Académicas (2002) y Orden al Mérito Libanés (2018).

Los últimos 40 años residió en la comunidad de Jbail.

Es justo en esa comunidad donde reside uno de los recuerdos más vivos que tengo de Fr. André. Pues enseguida viene a mi memoria su presencia en los patios del colegio. Siempre me sorprendía verlo al inicio de la jornada,

Los alumnos iban a sus clases y cuando las filas pasaban por su lado, lo iban saludando con un abrazo, una palmadita o simplemente una sonrisa

cuando los alumnos iban llegando. Cuando sonaba el timbre, formaban en filas y hacían la oración, allí estaba Fr. André. A veces dirigía él la oración. Cuando no era así, ***simplemente estaba, acompañaba, era presencia***. Una vez, terminaba este momento, los alumnos iban a sus clases y cuando las filas pasaban por su lado, lo iban saludando con un abrazo, una palmadita o simplemente una sonrisa. Uno a uno. Era su manera de expresar el afecto. El mismo respeto y cariño le mostraban los profesores o las familias cuando lo veían por el colegio.

Cuando Fr. André estaba en la oración de la mañana con los alumnos ya llevaba unas cuantas horas levantado. ***Bien temprano había misa en la capilla del colegio y él se ocupaba de tenerlo todo preparado***. Ello incluía barrer todos los días la entrada, por ejemplo. Era una eucaristía a la que asistían personas de todas las edades. Incluso en vacaciones Fr. André se ocupaba de tener la capilla abierta para la eucaristía de la mañana.

Él fue un hombre de una espiritualidad sólida y sencilla al mismo tiempo. Fue un estudioso de la Palabra de Dios y su conocimiento no le llevó a aislarse en sus libros, sino que lo transmitía en sus clases, en sus conversaciones, en su presencia con los hermanos, con los niños, con los profesores, con sus amigos... Conjugaba muy bien contemplación y acción en su vida. Lo manifestaba en su dinamismo, en la actividad que desarrollaba, y en su recogimiento, en los momentos de oración. Recuerdo que, al rezar los salmos, él utilizaba un tono que parecía estar cantándolos. Además, tenía un gran amor y devoción a la Virgen María. Ella estaba siempre presente en su oración y era su compañera de camino. Y lo mostraba en el rezo del rosario cada día y en los diálogos y encuentros con profesores, alumnos y exalumnos donde solía hacer alguna referencia a María.

María estaba siempre presente en su oración y era su compañera de camino

Me impresionaba escuchar a Fr. André relatar el inicio de su historia vocacional como hermano. Él contaba que, a los 10 años, mientras era monaguillo en su parroquia, sus padres recibieron una carta del hermano Aldegrin, que había sido director de la escuela de Achkut, Líbano. Era una circular dirigida a familias numerosas francesas. En esta carta, el Hermano Aldegrin presentaba las perspectivas misioneras en el Medio Oriente y proponía a niños animosos formación para ayudar a jóvenes libaneses y sirios. Así, con la respuesta positiva a esta invitación, fue al juniorado de Bairo para iniciar la formación con otros niños y adolescentes para llevar el evangelio a través de la educación a jóvenes de otros continentes.

Pero lo que más me llamaba la atención era escucharle contar esta historia a sus más de 100 años y comprobar que se había dedicado a ello toda su vida, incluso en medio de las circunstancias más complicadas como fue vivir la guerra del Líbano (1975-1990).

Fr. André fue un hombre amable y servicial, despierto e inquieto intelectualmente. A la vez era divertido y cercano. Un hombre de conversaciones agradables. Fue un hermano que despertaba la confianza de muchas personas que le presentaban sus preocupaciones y problemas. En él encontraban una palabra de aliento y su consejo era luz para seguir caminando. ***Fue apoyo, confidente y referente de tanta gente que ha vivido y trabajado con él.***

En él se unían
occidente y oriente,
la fe y la cultura, la
educación y la
evangelización, la
contemplación y la
acción

Podríamos decir que la suya fue una vida de encuentros. En él se unían occidente y oriente, la fe y la cultura, la educación y la evangelización, la contemplación y la acción. ***Él actuaba de puente, sabía aproximar posturas entre personas diversas, acercaba la cultura y el evangelio a los niños.*** Para ello tenía un medio que nunca fallaba: su sonrisa. Con ella derribaba todas las defensas que las otras personas pudieran levantar. Su vida, en fin, fue un canto a la paz. A través de la educación, del diálogo, de la escucha, de la fraternidad, de la reconciliación.

Gracias, Señor, por el regalo de Fr. André. A sus 100 años, escribió una oración en la que daba gracias por tantos regalos con los que Dios lo había llenado. Él ha sido uno de estos regalos. ***Gracias, Señor, por su vida y por todo lo que tú has hecho entre nosotros por medio de él.***



H. Juan Carlos Fuertes Marí
Provincial